

Robert Skidelsky

El keynesiano británico oculto

Hay un creciente temor entre los especialistas financieros de Gran Bretaña de que el ministro de Hacienda, George Osborne, no esté tan decidido como dice a reducir el gasto público. Osborne se impone fechas límite para hacer equilibrar las cuentas pero, cuando llega la fecha, con las cuentas todavía sin cuadrar, simplemente fija una nueva.

Consideremos alguna aritmética fiscal. Cuando Osborne fue nombrado ministro en el 2010, el déficit presupuestario –gasto menos ingresos– era de algo más de 206.000 millones de euros, el 10,2% del PIB. Osborne prometió que para el 2015 el déficit estaría en apenas 50.000 millones de euros, el 2,1% del PIB –el equivalente de equilibrar el gasto y los ingresos actuales–. Por el contrario, se espera que el déficit para 2014-2015 sea de 130.600 millones de euros. La conclusión del acto de malabarismo de Osborne se pospuso hasta el presupuesto del 2019-2020.

Osborne habla de la necesidad de recortar el gasto, pero sus acciones dicen otra cosa. Si bien prometió haber reducido el gasto en más de 100.000 millones de libras (casi 135.000 millones de euros) a esta altura, recortó menos de la mitad de esa cifra, extendiendo simplemente unos años más su programa de recortes quinquenal. En consecuencia, Osborne, el alumno modelo de la austeridad británica, está empezando a parecerse a un keynesiano oculto.

Existe una escuela de pensamiento que sostiene que el compromiso, no el logro, le da credibilidad a una política. Por ejemplo, el Banco de Inglaterra está comprometido a alcanzar una inflación del 2% “en el medio plazo”. La inflación anual no ha sido del 2% en ningún momento en los últimos seis años, pero es posible que el compromiso del Banco de Inglaterra haya tenido algún efecto en la reducción de las tasas de interés.

Los defensores de Osborne podrían ofrecer el mismo argumento para su política fiscal. Una política creíble de consolidación fiscal, podrían decir, tendrá el mismo efecto estimulante en la confianza que la propia consolidación fiscal.

Los economistas llaman a esto el “efecto de señal”. Si uno anuncia que tiene intenciones de hacer cuadrar las cuentas en cin-

co años y registrar muchos recortes del gasto, los consumidores, aliviados de sus temores de futuros aumentos impositivos, empezarán a gastar más libremente. Esto hará que el ingreso nacional se incremente y, con suerte, el déficit presupuestario empezará a achicarse, más o menos según el plan, sin que sea necesario un recorte, o al menos un recorte excesivo.

En su énfasis en la importancia de la señal, la economía entra en territorio posmodernista. La señal –en este caso la promesa



JOMA

de hacer cuadrar las cuentas– crea la realidad. La gente empieza a comportarse como si las cuentas estuvieran equilibradas e ignora el hecho de que no lo están. Cuando uno se cree el relato, actúa de manera tal que este se vuelve realidad.

De hecho, no creo que el propio Osborne alguna vez le adjudicara importancia a los efectos de señal de sus pronunciamientos. En realidad quería equilibrar el presu-

puesto para hacer los recortes del gasto que había prometido. Si resultó ser más keynesiano de lo que pretendía fue por razones pragmáticas.

Lo que los ideólogos del libre mercado muchas veces no logran entender es que, llegado el caso, la política provoca que todos los responsables de las políticas se vuelvan en alguna medida keynesianos. No importa cuánto un político defienda el dolor a corto plazo en pos de beneficios a largo plazo, los votantes sólo digerirán una cierta dosis de sufrimiento. De manera que los políticos sensatos retardan los recortes que exigen los mercados y asumen préstamos que saben que no podrán pagar, para que los servicios públicos sigan andando.

Sin duda, no se le debería dar demasiado crédito a Osborne por su keynesianismo oculto. Un verdadero keynesiano habría dicho que lo que se necesitaba en el 2010 era una expansión fiscal, no una consolidación. Osborne creía, o parecía creer, que la austeridad aceleraría la recuperación económica, restableciendo la confianza en las finanzas del gobierno.

Sin embargo, hay que decir que los recortes que sí implementó Osborne dificultaron la recuperación, al eliminar el poder de gasto de una economía que ya sufría una deficiencia de demanda agregada. El resultado fue un estancamiento económico entre el 2010 y el 2013, que minó la capacidad de Osborne para cumplir con los objetivos de reducción del déficit.

Ahora que Osborne ha prometido, una vez más, nuevos recortes y un nuevo cronograma quinquenal para hacer cuadrar las cuentas, el interrogante es si esta vez cumplirá con su palabra. Es cierto, la economía británica finalmente ha comenzado a crecer; y, sí, se espera que el crecimiento continúe. ¿Pero existe alguna razón para creer que la recuperación no se verá minada por otros cinco años de austeridad, obligando a Osborne (o a su sucesor) a posponer el plazo una vez más?

Todos podemos coincidir en que lo que sucede con el presupuesto afecta la economía. Pero yo diría, como decía Keynes, que “la bonanza, no la crisis, es el momento para una austeridad en el Tesoro”. Intentar recortar el gasto en una crisis, como está haciendo Osborne, no hace más que prolongarla. Y, como él mismo está aprendiendo, para su desagrado, eso implica posponer el día en que las cuentas estén en orden.●

© Project Syndicate, 2015

Francesc-Marc Álvaro



Uma, nos has engañado

Decían que se había cambiado la cara pero ha sido una falsa alarma. Cosas del maquillaje, al parecer. El asunto ha dado mucho que hablar. Yo también lo haré: mi Uma Thurman es la de la película *Beautiful girls*, donde también salía otra musa de mi generación, Natalie Portman, jovencísima. Aquella cinta era de 1996 –han pasado 19 años– y el atractivo de la rubia y del personaje que interpretaba –una tal Andera, que podía volver loco al tipo más tranquilo– impactaron en nuestra condición de mutantes que enfilábamos la selva de la treintena con la extraña sensación de que no éramos bastante jóvenes para saltar alegremente la hoguera ni bastante viejos para simular que ya estábamos de vuelta de todo. El personaje masculino principal de la mencionada película lo hacía Timothy Hutton, que debía asumir definitivamente la vida adulta, presentada como “el gran silencio”. Hacerse mayor no era un asunto estrictamente de tiempo, sino un pacto entre los diversos kamikazes que cada uno lleva dentro. Uma Thurman brillaba en medio de un grupo de hom-

Podemos crear nuestra máscara o dejar que nos la coloquen los otros, extremo siempre peligroso

bres-niño que naufragaban sin poder remediarlo.

Siempre seremos amantes de Uma, haga lo que haga (ella y su peculiar maquillador) con su cara. La película pasó, vinieron otras historias, Portman se hizo mujer, Thurman huyó y nosotros acabamos superando (o no) los miedos que habían exhibido aquellos personajes de la gran pantalla. Cada uno hace lo que puede, con su vida y su cara. El filósofo Joan-Carles Mèlich escribe esto: “La cara no es el rostro. El rostro de l’altre desemparau-la el jo” Y añade: “El rostro no es veu, és veu”. Lo dice en un libro altamente recomendable que acaba de salir, *La lectura com a pregària* (Fragmenta Editorial), un volumen de aforismos donde Mèlich tiene el coraje de reivindicar la literatura como purgante. Fíjense: “La moral només veu cares. La cara no té nom propi; és una categoria. Home, dona, casat, solter, divorciat, pare, mare, fill, filla, germà, professor, alumne, homosexual, heterosexual, etcètera. Habitar moralment el món és aprendre a tractar amb les cares dels altres”. Le preguntaré al profesor Mèlich, cuando le vea, cuál debería ser la ética del maquillador. Y también –ya puestos– la del cirujano plástico.

Que las dificultades de la amiga Uma Thurman pasen a las puertas de nuestro carnaval es un detalle que la vida regala al columnista para poder recordar que todos aspiramos a tener una máscara más o menos plausible. Podemos crear nuestra máscara o dejar que nos la coloquen los otros, extremo siempre peligroso. Don Carnal agradece que, como ha hecho la famosa actriz durante dos o tres días, todos tengamos la capacidad de generar una cierta confusión. El negocio consiste en recordar al respetable que un día podríamos acabar siendo aquel otro que vive, escondido, dentro de nosotros.●

Eulàlia Solé

Amar o no la escuela

Un documental y un libro inspirado en él nos hablan de niños y niñas que tienen tal deseo de aprender que cada día andan muchos kilómetros para ir a la escuela. En *Camino a la escuela* (ed. Alrevés) se desgana la situación de los distintos países y la vida particular de cada uno de los siete colegiales que recorren entre 4 y hasta 22 km en su afán por asistir a clase. En contraposición, en una sociedad desarrollada como la nuestra, con la enseñanza al alcance de la población en general, se detectan unas cifras de fracaso escolar que no muestran otra cosa que un gran desamor hacia la escuela.

Malas notas, absentismo, adicción a internet y a los videojuegos, un cómputo que

define en especial a los adolescentes que malogran la fortuna de poder instruirse sin hallar escollos. Que no valoran el conocimiento ni los medios que se les ofrecen. Disponen de muchos objetos, de muchas posibilidades pero no escogen bien. No deberíamos, sin embargo, echar la culpa mayormente a los más jóvenes, dado que no son ellos quienes han creado este entorno de consumo que les devora y les impide distinguir el grano de la paja.

Recuerdo a un niño de unos nueve años que hace un tiempo vino de visita desde Nicaragua con un grupo de intercambio de colegiales. Su asombro fue grande al contemplar el plumier de sus compañeros de clase, a rebosar de rotuladores, lápices y bolígrafos. ¡Qué suerte que dispusieran de tantos colores para dibujar y pintar!... Pero “¿para qué quieren tantos bolígrafos si ya tienen

uno?”. Estas fueron sus palabras exactas, pronunciadas abriendo mucho los ojos y redondeando la boca. Una lección de infantil sensatez.

Ahora, nuestros escolares cuentan con tantas herramientas tecnológicas como bolígrafos, o más. En expresión común, tienen de todo. Lo lamentable es que desprecien lo importante, quizá porque sus propios padres, la sociedad globalmente, toma la misma senda. No la del esfuerzo obligado de colegiales en países con enormes desigualdades sino el del mal uso del bienestar de que gozan. Las TIC pueden ser medios desventajosos o valiosos para el desarrollo intelectual. Con ellas se puede jugar durante horas o se puede aprender. Instruirse sin tener que hacer duras caminatas para acceder a la escuela, como esos niños y niñas de entre 7 y 13 años que nos ilustran.●